
Historia

Los franceses en la vida y en la cultura de Argentina

ENRIQUE M. BARBA

NACIDO EN LA PLATA en 1909. Se graduó de profesor de historia argentina en la Facultad de Humanidades de La Plata en 1932 y de doctor en historia en la Facultad de Filosofía y Letras de Madrid en 1934. Actualmente es decano de la Facultad de Humanidades de La Plata. En esta casa de estudios es asimismo profesor titular de historia de América (II) y director del Instituto de Historia Americana. Profesor titular de historia económica americana y argentina en la Facultad de Ciencias Económicas de Buenos Aires. Profesor interino de historia económica en la Facultad de Ciencias Económicas de La Plata. Miembro titular de la Academia Nacional de la Historia. Ex-profesor de historia argentina en la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires. OBRAS: Don Pedro de Cevallos y Correspondencia entre Rosas, Quiroga y López, entre otras. Es autor de numerosos artículos de su especialidad.

SI con cierta dosis de malicia pudo decirse que no existió en nuestra Historia suceso de importancia en el que no estuviese presente, como testigo, algún inglés, también podemos afirmar, y esta vez muy seriamente, que no se da en nuestra historia movimiento de jerarquía en el que no aiente, de alguna manera, el refrescante espíritu de la cultura francesa. Su presencia se agita en la formación intelectual de nuestros prohombres de la revolución y estimula las creaciones de su espíritu. Sus gustos sociales y mundanos denotan su origen galo. Su influencia es notoria tanto en quienes afirman esta modalidad de nuestra formación social como en quienes la niegan. Nos proponemos mostrar en apretada síntesis la influencia de Francia y de los franceses en la constitución espiritual y material de la Argentina desde fines del XVIII y durante el siglo XIX. No se nos escapa el riesgo que entraña tal tarea dados la vastedad del tema y lo dilatado del escenario. Adelantamos que en este trajinar buscando la línea permanente de la

presencia en lo nuestro del espíritu francés nos detendremos, al lado de episodios de singular relieve, en otros de aparente falta de jerarquía histórica.

Cabe, aquí, un inicial interrogante. ¿Cuáles son los episodios de mayor significación? Habiendo incidido la cultura francesa en nuestros sectores sociales mejor dotados intelectualmente, conocemos la influencia de esa cultura a través del prisma de sus admiradores argentinos. Estos, naturalmente, no han pasado de los límites o limitaciones que su propia preocupación formaba o deformaba. De resultas de ello es muy conocida la huella cultural o libresca trazada en nuestra mentalidad por la cultura de Francia: cómo se tradujeron en nuestras playas los movimientos de la cultura o los sucesos políticos de aquella, quiénes fueron los expositores más brillantes de tal o cual doctrina, y qué personajes franceses actuaron en nuestro medio. Se nota la ausencia, para quien pretenda ahondar el estudio de los franceses que trabajaron oscura pero tenaz y eficazmente en favor de nuestra grandeza material, de obras que esclarezcan el punto. Los ingleses con gran sagacidad volcaron en nuestro país buen número de viajeros, de cultura muy dispar, pero alentados por el mismo propósito: estudiar las posibilidades del país que albergaba a sus connacionales; señalar las ventajas introducidas por ellos en la tierra de adopción; mostrar a los posibles emigrantes de Inglaterra los lugares más aptos para su radicación en ésta y las actividades más lucrativas tratando, por otra parte, de robustecer el espíritu nacional que a distancia de la madre patria podía desfallecer. Los libros que tales viajeros nos han dejado nos permiten reconstruir la historia de los ingleses y de sus actividades en la Argentina. ¿Sucede tal cosa con los franceses? Sólo pocos viajeros, algunos de ellos muy cultos, han rescatado del olvido a algunos franceses que en el anónimo merecieron el agradecimiento de la patria de adopción. Lo que va dicho vale, también, para el Uruguay. Un espíritu dilecto, al que tanto debe, en los últimos años, la historiografía rioplatense, Jacques Duprey, en un hermoso libro, publicado por el Instituto Histórico y Geográfico del Uruguay: *VOYAGE AUX ORIGINES FRANCAISES DE L'URUGUAY*, resume lo mejor que se ha escrito por franceses tocante al país vecino. Observamos al lado de un par de libros de extraordinario valor, el de Isabell y el de Marmier, un número pequeño de franceses que, tocando accidental o temporalmente el Uruguay dejaron escritas sus

HISTORIA

impresiones. Y ante el cúmulo de intereses y de residentes franceses en Montevideo, que llegaron a sumar, estos últimos, hacia el segundo tercio del siglo XIX, la tercera parte de la población total uruguaya, observamos la poca vocación por el relato que mostraron los viajeros aludidos. Pese a lo enunciado, contamos con elementos de información suficientes que nos permitirán trazar el cuadro prometido.

Por su carácter intelectual y libresco la influencia de Francia en Argentina se traduce inicialmente en la presencia de las ideas antes que llegaran los primeros núcleos importantes de franceses. Un ejemplo: en la famosa "Conspiración de los franceses" de 1795, reprimida con mano de hierro por el alcalde Alzaga, casi ningún hombre francés apareció comprometido. El descubrimiento de un "Bolter" (léase Voltaire) había agitado a las autoridades coloniales. El tormento que en Buenos Aires se aplicó a los sospechosos, demostró que sin haberse entendido del todo las ideas filosóficas de la Revolución, la palabra libertad que de ella derivaba prendía en la entraña de la parte más desvalida de la población. Infelices esclavos sufrieron horrores creyendo las autoridades encontrar en ellos el hilo de la conspiración. Las ideas de la revolución habían llegado antes que arribaran a estas playas los hijos de Francia.

Tampoco fueron los franceses quienes introdujeron la filosofía que conduciría a la Revolución de Mayo. Ella penetraría por vía del libro y de suyo se entiende que fueron los elementos cultos quienes primero la asimilaron y luego la difundieron. La revolución francesa y su ideario, lo mismo que su ulterior influencia en los sucesos de nuestra emancipación, han sido últimamente negados. Los más arriesgados impugnadores de esta nueva moda literaria, aportan, muy a su pesar, elementos de mucha consideración que ponen de relieve la existencia de aquello que con más energía y escándalo parecen querer negar. Pues al tiempo que con desconcertante desconocimiento de la realidad histórica nacional niegan muy sueltos que la tal revolución tuviera influencia en los sucesos de mayo, afirman a renglón seguido que todos los males y desgracias que acompañaron a nuestra lucha por la emancipación derivaron de la vituperada y negada revolución francesa. Me parece ocioso demostrar lo que ya está demostrado. Pero también me parece oportuno mostrar la vía por donde penetró el ideario francés. Ante todo, y siguiendo a don Alejandro Korn, pienso como él que la Revo-

lución argentina y americana “como todo hecho universal no ha de depender de circunstancias locales, aún cuando en cada país encuentre distintos pretextos para realizarse”. Siguiendo al ilustre pensador recordamos que si el inglés Locke había postulado con anterioridad los principios de que los hombres nacen libres e iguales, sin más ley que la natural, lo cierto es que correspondió a los franceses sistematizar el pensamiento filosófico de la libertad. “Ningún filósofo ejerció mayor influencia que Locke en el siglo XVIII. En metafísica su ensayo sobre el entendimiento humano inspiró a Condillac; en religión su tratado del cristianismo racional y sus cartas sobre la tolerancia, fueron el evangelio de los librepensadores; en pedagogía, su libro sobre la educación de los niños sirvió de precedente al EMILIO; y en cuanto a su ensayo sobre el gobierno civil, inspiró a Montesquieu y a Rousseau”. El espíritu francés del siglo XVIII, siglo de la Enciclopedia y de los grandes filósofos políticos, asimiló el pensamiento inglés, lo tradujo a un idioma más culto y lo universalizó. Aceptando que la *Declaración de los Derechos del Hombre* no es novedosa en cuanto a la forma y, en cierta manera estaba escrita en el derecho político inglés, no es menos cierto que en Francia tales derechos no se referían solamente a los ciudadanos franceses sino que, en son de desafío, se proclamaron principios generales y universales para toda la humanidad.

Sólo nos detendremos en dos episodios o momentos que muestran la influencia inmediata de la cultura francesa en nuestra inicial formación política. La fórmula “laissez faire, laissez passer” es tan auténticamente francesa, responde en tan acendrada manera al espíritu galo del momento en que se formuló, resume con tanta claridad y tan sobriamente —testimonio éste, como otros tantos, de la pureza y vigor idiomáticos de ese pueblo— una doctrina nacional, que los escritores de otros países no se han animado a traducir. Economistas ingleses, italianos, alemanes y americanos de ambas latitudes, al referirse a la escuela, dan la fórmula en el idioma de origen. Pues bien, esta escuela, tan francesa, aún en los atrevidos vuelos de la fantasía que a veces desorientan y desconciertan aún a los mismos expositores, proclama como meta final el máximo de libertad. Escuela económica en la cual se encuentra ínsita una filosofía política de la libertad, fue conocida, estudiada, difundida y aplicada por nuestros primeros pensadores económicos. No importa que estos no hayan sido fisiócratas puros; lo cierto

HISTORIA

es que lo fundamental de sus realizaciones derivaba del fondo más selecto y fecundo de la escuela.

Las ideas francesas pasaron primero a España y de ésta a América. “La revolución burguesa del XVIII español, es danza y contradanza ideológica, en que toman parte, por un lado, la burguesía y el rey, a fin de sustituir a la aristocracia en el ejercicio del poder, y de otro, esa misma aristocracia que lucha por mantenerse en él”. En esta lucha entre el rey y la aristocracia la burguesía apoya al primero. Los economistas y ministros ilustrados, todos ellos notoriamente afrancesados, serán los voceros ideológicos de los intereses concretos de la burguesía. Un autor brillante y por lo demás lejos de toda sospecha en lo que concierne a sus convicciones religiosas, Vicen Vives, que ha investigado esta época, señala un rasgo de la sociedad española del XVIII, inficionada por la influencia francesa —primero Voltaire y después Rousseau—, que tendrá a nuestro entender notorias proyecciones en estos lugares. “Se cernió sobre España —dice— una ola de anticlericalismo, e incluso de escepticismo religioso entre las clases altas, si bien bastante menos que en otros países europeos. Campomanes, significado debelador de las manos muertas, que él consideraba como lastre corrosivo de la economía hispana, fue quién más se distinguió en esta lucha contra las inmunidades de la Iglesia”. Ya, por otra parte, don Marcelino Menéndez y Pelayo declamaba con voz de púlpito en sus HETERODOXOS, contra la para él nefasta influencia de Voltaire, p. ej. en los españoles de su tiempo.

En cuanto a la influencia de Rousseau en Moreno es visible. Publicó una traducción española del CONTRATO SOCIAL diciendo en el prólogo: “La revolución —la del 25 de mayo— que restituye al pueblo sus derechos, sería de efectos pasajeros si los sublimes principios del derecho público continuaran misteriosamente reservados a diez o doce literatos, que, sin riesgo de su vida, no han podido hacerlos salir de sus estudios privados. Si los pueblos no se ilustraran, si no vulgarizan sus derechos, si cada hombre no conoce lo que vale, lo que puede y lo que debe, nuestras ilusiones sucederán a las antiguas y será tal vez nuestra suerte mudar de tiranos sin destruir la tiranía. Rousseau, este hombre inmortal, que formó la admiración de su siglo y será el asombro de todas las edades, fue, quizás, el primero que, disipando completamente las tinieblas con que el despotismo envolvía sus usurpaciones, puso en

clara luz los derechos de los pueblos, y, enseñándoles el verdadero origen de sus obligaciones, demostró las que correlativamente contraían los depositarios del gobierno. Los pueblos aprendieron a buscar en el pacto social la raíz y único origen de la obediencia, no reconociendo a sus jefes como emisarios de la divinidad. Todas las clases, todas las edades, todas las condiciones participaron del gran beneficio, que trajo a la tierra este libro inmortal, que ha debido producir a su autor el justo título de legislador de las naciones". A lo que agrega Korn: "En toda la literatura revolucionaria se tropieza, por otra parte, con las huellas de esta influencia. El pacto social, la voluntad general, la salud pública, la soberanía inalienable, la reasunción de la soberanía por violación del pacto fundamental, son giros corrientes, que usan hasta los predicadores en el púlpito".

Mientras en Europa las ideas que habían privado en el xviii perdían vigencia hacia 1810, en estas latitudes, a las que habían llegado con evidente retraso, tenían plena aceptación. Así, la Ideología, heredera de la Enciclopedia, filosofía de la Revolución, que en Francia apenas llega a principios del siglo xix, aquí domina durante todo el período rivadaviano.

La caída oficial de los ideólogos tiene lugar en Francia con Napoleón quien en 1804 los destituye de los cargos públicos, se dispersan y algunos salen para el destierro. Destut de Tracy es el último abandonado de la causa en derrota. Combate a Napoleón y lucha por su caída, esperando salvar las libertades políticas que creía alcanzadas por la revolución. "Sobreviene la Restauración monárquica (1814) y la dirección católica y metafísica toma el poder y el gobierno de la conciencia pública francesa. Con la Restauración comienza para la Ideología una nueva y última hora de prueba. Lamennais, de Bonald, de Maistre —por el lado de la filosofía católica restaurada— Royerd Collard, Maine de Biran y Cousin —por el lado de la metafísica espiritualista— dirigen la campaña de enjuiciamiento del siglo xviii. Acusan a los ideólogos de haber engendrado, en las costumbres del pueblo, el sensualismo e intelectualismo incrédulos. Desde los cargos más altos de la enseñanza, desde el parlamento y la magistratura crearon la atmósfera mental que dio por cerrado el ciclo de la Ideología en Francia. Es cuando la vemos

HISTORIA

trasladada al Plata, con la obra precursora de Lafinur y sistemática de Rivadavia”.¹ En definitiva, los ideólogos, herederos raquíuticos y malos administradores de los enciclopedistas, dominaron durante uno de los períodos más florecientes de nuestra historia. Para cualquiera que haya mostrado afición por nuestro pasado son familiares los nombres de Condorcet, Volney, Cabanis y sobre todo Destut de Tracy cuya obra, junto con la del anterior, constituyeron las fuentes donde abrevaron Lafinur, Fernández de Agüero y Diego Alcorta.

La historia de nuestras ideas se nutre en buena parte en los modelos franceses, pudiendo agregarse que ese descendiente lejano de la Ideología: el Positivismo —nos referimos naturalmente al de raíz francesa— señalará toda una época de nuestra historia cultural.

Otra muestra de la permanencia de Francia en nuestra historia está dada por la revolución de 1830 en aquel país. La AUTOBIOGRAFÍA de Vicente Fidel López es al respecto por demás ilustrativa. “Nadie hoy es capaz de hacerse una idea del sacudimiento moral que este suceso —dice— produjo en la juventud argentina que cursaba las aulas universitarias. No sé cómo produjo una entrada torrencial de libros y autores que no se había oído mencionar hasta entonces. Las obras de Cousin, de Villemain, de Quinet, Michelet, Jules Janin, Marimée, Nisard, etc., andaban en nuestras manos produciendo una novelería fantástica de ideas y de prédicas sobre escuelas y autores románticos, clásicos, eclécticos, San Simonianos. Nos arrebatábamos a las obras de Víctor Hugo, Sainte-Beuve, las tragedias de Casimir-Delavigne, los dramas de Dumas y de Víctor Ducagne, George Sand, etc. La *Revue de Paris*, donde todo lo nuevo y trascendental de la literatura francesa de 1830 ensayó sus fuerzas, era buscada como lo más palpitante de nuestros deseos”.

Si las nuevas ideas agitaron y estremecieron a la juventud porteña fue por que los espíritus estaban preparados para recibirlas. La Universidad de Rivadavia ofrecía en sazón óptimos frutos. Diego Alcorta, en quien habían dejado honda huella las lecturas francesas, fue el maestro austero e insobornable de toda una generación. Esta que aparece en 1837 con el Salón Literario y al año siguiente con la sociedad de Mayo, aunque romántica, había formado su espíritu crítico y adorna-

¹ Ver: Delfina Varela Domínguez de Ghioldi. Prólogo al “CURSO FILOSÓFICO” de Juan Crisóstomo Lafinur. Instituto de Filosofía de la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires. (Buenos Aires, 1938).

do su mente con las enseñanzas de Alcorta. Las nuevas lecturas habían llevado a los jóvenes que aparecían durante la dictadura de Rosas, a una concepción historicista de la vida humana y al romanticismo literario. La primera penetró con Echeverría y Alberdi. “En sus fuentes remotas, viene de Herder y Vico, a través de Quinet, de Michelet, de Leroux, del mismo Cousin, quien enseñaba, desde la alta tribuna de la Universidad de París, que el hombre debe volver a las creencias del sentido común, que son las creencias acumuladas por la humanidad a lo largo de su trabajo histórico y que todos los pueblos han expresado por medio de sus cantos proféticos.”

Aunque fueron muchos los modelos románticos adoptados por nuestros jóvenes, puede considerarse como centro de esas influencias, en lo literario, el pensamiento de Hugo quien en el prólogo a “CRONNELL” había definido al romanticismo como el liberalismo en la literatura. Fue Echeverría quien introdujo el romanticismo en el Plata. ¿Será necesario repetir que los maestros directos o no del autor del DOGMÁ SOCIALISTA son Leroux y Saint Simon, y que por otra parte, aunque no los cita, conoció a Fourier y a Enfantin? Tampoco es necesario repetir que desde la constitución de la Joven Generación de Mayo el grupo numerosísimo que combatió a Rosas, desde la emigración, se señaló por la honda influencia francesa en su formación cultural. Echeverría, Juan María Gutiérrez, Alberdi, Sarmiento —a quien Charles Mazade estudia con penetración en la *Revue de deux Mondes*, de 1852— son los astros mayores de esta constelación.

¿A qué se debió la fuerte influencia del espíritu francés en nuestra patria? Ello responde a dos factores: uno, de carácter general y el otro de orden local. Francia en el siglo XVIII llegó a ser el meridiano de la cultura del mundo. Toda Europa sufrió su influencia. Tanto en lo que era auténtica creación, como en lo que tomó de otras culturas, el genio francés tuvo la virtud de dar a las formas del espíritu resonancias universales. El XVIII español se caracteriza, precisamente, por su afrancesamiento. Siglo éste que Menéndez y Pelayo califica como el más perverso y amotinado contra Dios que hay en la historia. Siglo, por otra parte, en el que, en sus comienzos, llegó al trono español una dinastía francesa. Los pensadores españoles de mayor fuste son afrancesados. “Voltaire, Montesquieu, Rousseau, no sólo explican, merced al influjo ejercido por sus escritos, esta o aquella obra concreta —odas y

HISTORIA

teatro de Quintana, determinados versos de Meléndez Valdés, Iriarte o Samaniego; el EUSEBIO de Montengón —imitación del EMILIO de Rousseau—; EL DELINCUENTE HONRADO, de Jovellanos; las CARTAS MARRUECAS, de Cadalso— sino que contribuyen a esclarecer la motivación de un estado general de conciencia, más lúcida y sensible que la característica sociedad española, en tiempos anteriores”. La influencia de los escritores y economistas españoles hicieron trasvasar la cultura francesa, o algunas de sus manifestaciones, a los pocos que en estos lugares se dedicaban a las especulaciones del espíritu.

En lo que concierne al aspecto local de la influencia a que aludimos se debe a la instalación de una muy numerosa colonia francesa y al cúmulo de intereses materiales que de ella derivaba. Esto que ha sido muy descuidado en nuestra literatura historiográfica merece, por lo menos, un ligero comentario. ¿Cuándo comenzó a advertirse el establecimiento de franceses en nuestras playas? En un documento de la época, un informe del comisionado Molina a Su Majestad Católica, de poco antes de la Revolución de Mayo, se habla del “número grande de franceses que se abriga en el virreinato provenientes los más de Buenos Aires con pasaportes del virrey Liniers o resguardos proveídos a su nombre”. Cisneros expulsó a muchos de ellos y la Primera Junta, pese a haberse constituido bajo el signo de la libertad, continuó en la misma política. Con todo, hacia 1818 existía un núcleo muy importante de franceses como lo hace suponer la aparición de un periódico y la causa que propugnaba. Según Emilio Daireaux, éste fue el primero aparecido en francés fuera de Francia. Su causa fue nada menos, que la anexión de las Provincias Unidas del Río de La Plata a Francia. Su título era L'INDEPENDENT DU SUD. Aparecieron seis números, desde el 20 de marzo hasta el 17 de mayo; sus redactores fueron Carlos Robert, Juan Lagresse, Augusto Dragumette, Narciso Parchappe y Antonio Mercher. Acusados de conspiración todos fueron presos, convictos y confesos. Robert y Lagresse fueron fusilados. A sus funerales concurrió el sabio Bompland. Pese al triste destino de estos franceses, ese mismo año había tenido lugar un hecho auspicioso para las futuras relaciones franco-argentinas. Siguiendo el pensamiento de Rivadavia, el gobierno argentino procuró establecer la corriente comercial entre Francia y nuestro país. Constituyó en París, en calidad de agente comercial, a Mr. Grandier y admitió a Francisco Antonio Leloir como represen-

tante de los comerciantes franceses en Buenos Aires. Esos fueron los orígenes del comercio francés en el Río de La Plata, después de la Independencia.

Con el aporte cada vez mayor de la inmigración vascofrancesa esta colonia crecía. Aparecieron nuevos periódicos, como L'OCCIDENT, en 1822. En 1826 Juan Laserre, con espíritu de libelista, redacta L'ECHO FRANCAIS, periódico comercial, político y literario. En 1827: L'ABEILLE; en 1828: LE CENSEUR; al año siguiente: LE SPECTATEUR. En la época del bloqueo francés al Río de La Plata la colectividad francesa en Buenos Aires era importantísima. Contra la opinión generalizada de que cuanto se importaba en Buenos Aires procedía de Gran Bretaña y que toda la actividad económica de nuestro país estaba concentrada en las manos de los británicos, veamos, por contraste, la importancia extraordinaria de la actividad francesa en lo que hace a la vida material. Es éste, un capítulo olvidado en nuestra historia y aunque no lo abordaremos en forma exhaustiva daremos, al menos, algunos datos de interés. Advirtamos ante todo que este tema, tocado entre nosotros al pasar, ha sido objeto de seria consideración en Francia por los discípulos del profesor Ronze. A uno de ellos debo el conocimiento de una prolija investigación realizada en los archivos de París donde se comprueba que la mayor parte de los comercios de importancia de Buenos Aires hacia la época que estudiamos pertenecían a franceses. Los tres relojeros de la ciudad lo eran; lo mismo que los sastres de mayor jerarquía, de los cuales uno de ellos vestía a Rosas; también los litógrafos, como los fabricantes de carros, lo mismo que los de golosinas y dueños de hoteles. Un viajero francés, observador prolijo y testigo imparcial, el escritor Xavier Marmier, que en 1870 ocupó un sillón en la Academia Francesa, nos brinda en prosa tersa y limpia, un relato vívido de la población francesa que vale para toda la época de Rosas. Llega a Buenos Aires y se aloja en un hotel fundado por un francés: el *Hotel de París*. Al describir los artículos suntuarios que engalanan las mansiones porteñas de categoría, nos dice: "cada objeto de lujo que pasa por la aduana, es como un jalón en la conquista industrial de Francia" y agrega: "Las calles próximas al puerto abundan en tiendas y almacenes: ferreterías, sastrerías, joyerías y casas de modas. Todas las invenciones de París se hallan representadas por mil fantasías de bronce y de oro, por paños y sedas". A medida que el ilustrado viajero avanza

HISTORIA

hacia el centro de la ciudad parece internarse en un barrio de alguna ciudad francesa. “Entramos en la calle de Perú: a derecha e izquierda se descubre el lujo y la industria de Francia: en las mueblerías, joyerías y peluquerías; en las sedas recién llegadas de Lyon y en las cintas de Saint-Etienne, así como en las últimas creaciones de vestidos y sombreros. Detrás de una ventana enrejada, una muchacha prepara una guirnalda de flores artificiales que podría figurar muy bien en un salón del *quartier Saint-Germain*: un sastre coloca en su vidriera el nuevo figurín del *Journal des Modes* que ha llegado la víspera por el paquete del Havre y que será la atracción de los elegantes; un librero dispone cuidadosamente sobre sus estantes una colección de libros. El librero se sentiría perplejo si alguien le pidiera las obras de Garcilaso de la Vega o de algún otro historiador español antiguo, pero siempre tiene a mano las novelas de Dumas, de Sandeau y las poesías de Alfred de Musset. Diríase un rincón de París o una copia de la *Revue Vivienne*. Pasamos por fin por el taller del inteligente Favier, que hace con la misma delicadeza, un retrato al óleo que uno al daguerrotipo”. Resumiendo la variedad de actividades a que se dedicaban los franceses dice el mismo autor: “La colonia francesa en Buenos Aires se compone de hombres de trabajo y están representadas en ella todas las profesiones liberales y manuales de la sociedad, desde el médico recibido en nuestras facultades, hasta el sastre formado por Belin o Staub, y el peluquero recién salido del *Palais-Royale*”.

La inmigración francesa durante esta época se volcó en tal manera en Buenos Aires que llegó a ser la más importante. Los británicos en 1831 alcanzaban a 4.072 sobrepasando a los franceses, que en 1839 llegaron a 4.000; en 1842, en cambio, sobre 12.000 franceses, residen 8.000 británicos y 12.000 entre españoles y alemanes. La diferencia es más notoria en 1854; las cifras son las que siguen: 25.000 franceses sobre 22.800 británicos, incluidos 4.000 norteamericanos que se hacían pasar por los primeros, beneficiados por el tratado de 1825. A la sazón los italianos llegaban a 15.000 y los españoles a 20.000.

Emilio Daireaux —en *VIDA Y COSTUMBRES EN EL PLATA* (1888) — nos da una lista de industriales de esa nacionalidad cuyos nombres nos son aún familiares. Bieckert, cuya casa ha celebrado en 1960 un siglo de existencia; Godet, fundador de la primera fábrica de dulces y chocolates; Prat, que ha representado el mismo papel en la tintorería y

fabricación de paños; Delanoux, en el ramo de carruajes; Sansinena y Paláa, en las fundiciones; Molet, en las conservas alimenticias y en la fabricación de cajas de metal blanco para conservas; Rigolleau, fabricante de tintas y cristales; Coni y Buffet, impresores; Lajouane, editor; Bercetche, fabricante de galleta inglesa; Mandet, de galleta seca para el campo; Berthe, destilador; Sansinena y Terrassón, fundadores de las importantes fábricas de exportación de ganado por los procedimientos frigoríficos; Hileret, en Tucumán, fabricante de azúcar; Lavigne, de aceites; Dumas, fundador de la primera fábrica de cigarrillos; los Amespil, Curutchet, importadores, y podríamos continuar así con una larga y agotadora lista.

Faltan en esta enumeración figuras y sucesos de extraordinaria magnitud. Cada uno de ellos daría para un capítulo del libro que aún está por escribirse. Viajeros y naturalistas; geógrafos, educadores, escritores e historiadores.

¿Cómo olvidar a Alcides D'Orbigny cuyo áureo libro *VOYAGE DANS L'AMERIQUE MERIDIONALE* rebosa en conocimientos de primera agua? Lo mismo debe afirmarse en el caso de Martin de Moussy cuya obra: *DESCRIPTION GEOGRAPHIQUE ET STATISTIQUE DE LA CONFEDERATION ARGENTINE*, a cien años de distancia, el tercer tomo apareció en 1860, conserva fresca y vivencia insólitas. ¿Cómo no recordar a Amadeo Jacques, el expatriado ilustre que sirvió a nuestro país con devoción nacional? Su *MEMORIA* de 1865, con la que se inicia la gran reforma educacional argentina "está impregnada de materia y meditación nacionales". No disimula la honda inspiración francesa que alienta en su espíritu, pero sus reflexiones y proposiciones en cuanto aluden a circunstancias del país están envueltas y conformadas por presiones y urgencias de la vida argentina". (Mantovani). Aun está por escribirse el libro que merece Paul Graussac, incisivo historiador que supo amalgamar "la magia incomparable del estilo y la extraordinaria agudeza del procedimiento crítico".

En el periodismo argentino ocupará siempre un lugar distinguido "LE COURRIER DE LA PLATA" cuyo primer número apareció el 1º de julio de 1865. Fue fundado por Joseph Alexandre Bernhein, quien tuvo colaboradores ilustres como sus compatriotas Ebelot, Ribeumont, A. Jacques, Alexis Peyret, Larroque, Perrot y Legout.

HISTORIA

Una actividad en la que los franceses descollaron, prestando con sus esfuerzos un señalado favor al desarrollo de la cultura nacional, fue el de la librería. La "Librería del Colegio" —testigo de casi toda la vida independiente del país, como que data de 1825— en la esquina formada por las calles Potosí y Universidad —hoy Alsina y Bolívar— tuvo entre sus sucesivos dueños a algunos franceses: después de Caseros pertenecía al bibliófilo parisiense Paul Morta. En 1860 editó el primer número de su ALMANAQUE AGRÍCOLA E INDUSTRIAL DE BUENOS AIRES y los CONSEJOS DE ORO SOBRE LA EDUCACIÓN de Marcos Sastre. A principios de este siglo la librería pertenecía a Eduardo J. Cabaut y Cía. Rafael Alberto Arrieta en LA CIUDAD Y LOS LIBROS dedica un capítulo, bajo el título de "*Un rincón de Francia: La Librería del Colegio*", a los años que ésta perteneció a Paul Morta. Nos dice quienes concurrían: Mitre, Juan María Gutiérrez, José Mármol, Marcos Sastre, el pintor Augusto Favier. En el ALMANAQUE AGRÍCOLA E INDUSTRIAL DE BUENOS AIRES colaboraban Juan María y Ricardo Gutiérrez, Mitre, Burmeister, Sastre, Mansilla, Wilde y Santiago y José Manuel Estrada. Además, artículos originales o transcritos de Sarmiento, Dardo Rocha, Juana Manuela Gorriti, Nicolás Granada, Norberto Quirno Costa, y poesías de Juan Cruz Varela, Esteban Echeverría, Florencio Balcarce y otros. Amadeo Jacques y Alfredo Cosson, contertulios de la librería de Morta, fueron rectores del Colegio Nacional de Buenos Aires. Se reunían con sus compatriotas el licenciado en letras de Francia Albert Larroque, que dirigió el Colegio de Concepción del Uruguay, entre los años de 1854 a 1864 y Alejo Peyret, profesor del mismo establecimiento y director de la obra colonizadora del gobierno de Urquiza en Entre Ríos.

De los editores franceses radicados entre nosotros, además del mencionado Berhein, merecen un recuerdo especial los que siguen: Claudio M. Joly cuya librería ubicada en Victoria 141, data de 1848. En la misma calle la "Librería Francesa" de Espiasse y Escay. Don Félix Lajouanne, nacido en Pau, editó las más famosas obras jurídicas producidas por argentinos. Además la FILOGENIA de Ameghino y la HISTORIA ARGENTINA de Pelliza.

No es necesario insistir en la influencia de los artistas franceses que tan honda huella trazaron en nuestra formación. Sólo mencionaremos los que nunca podrán ser omitidos en cualquier clasificación que se intente. Carlos Enrique Pellegrini, llegó a Buenos Aires en 1828.

Pintó gran número de retratos, entre ellos algunos de mucho mérito y editó, en 1841, un álbum compuesto por veinte acuarelas reproducidas litográficamente: *RECUERDOS DEL RÍO DE LA PLATA*, valioso documento de época; Reymond Quinsac Monvoisin, que fue “el más importante de los pintores extranjeros que vinieron al Río de la Plata durante el siglo XIX” (Solá y Rodríguez); Julio Daufresne autor de *USOS Y COSTUMBRES DE BUENOS AIRES*, hermosa serie de litografías coloreadas que ve la luz en 1844; Augusto Borget, fino dibujante, amigo íntimo de Balzac, pasó por Buenos Aires en 1837 —en plena época de Rosas— y cruzó el país, hasta Chile, escribiendo y dibujando; Adolfo D’Hastrel, oficial de marina, acuarelista y litógrafo, nos dejó con su *ALBUM DEL PLATA* (1845) una obra de alto valor iconográfico; Julio Pelvilain fue uno de los litógrafos más importantes de Buenos Aires, editor en 1864 del raro álbum de *ESCENAS AMERICANAS* (reproducción de acuarelas, cuadros y bosquejos) del pintor, grabador y dibujante León Palliere, compuesto por 52 litografías y que constituye uno de los más hermosos documentos sobre nuestro país en la década de 1856 al 66. Y en otro orden de cosas, el ingeniero y topógrafo Narciso Parchappe, llegado al país en 1818, que traza los planos y dirige la construcción del fuerte “25 de mayo”, en el actual partido bonaerense del mismo nombre, y más tarde de la fortaleza “Protectora Argentina”, origen de la ciudad de Bahía Blanca; escribe asimismo un *DIARIO DE VIAJE* que *Alcides D’Orbigny* incluyó en el tomo 1º de su *VOYAGE DANS L’ AMERIQUE MERIDIONALE*.

*

La naturaleza de este trabajo impide una consideración más pormenorizada de personas y sucesos que integran la historia de los franceses en la Argentina. A dos grados de heroísmo debiéramos referirnos de no mediar la limitación metodológica a que adrede nos hemos sometido. Uno, al heroísmo silencioso, al drama cotidiano en el escenario sin contornos, de aquellos franceses que se derramaron por el desierto inhóspito arrebatándole sus secretos, fundando familias y pueblos prósperos. El otro, a la gesta de quienes alistándose en nuestros ejércitos lucharon y murieron en las filas de la libertad.